

Narrativa en El Salvador

HUGO LINDO

Si enunciamos juntas las palabras "narrativa salvadoreña", será en su alcance menos presuntuoso, más simple y pueril: el de narrativa debida a la pluma de nuestros autores.

Conviene decir que, durante la conquista y la colonia, no hubo en lo que hoy es El Salvador, como sí hubo en México, en Guatemala, en Perú, un florecer de cronistas.

Aquí la narración se inició mucho más tarde. A nuestro parecer, con los cuadros de costumbres del siglo pasado.

Estos cuadros de costumbres eran, como lo indica la mención, simples estampas, más descriptivas que narrativas, de aspectos y hábitos locales. Carecían de argumento, y, cuando por excepción lo tenían, éste era precario: servía sólo como pretexto para los fines descriptivos. Casi siempre, como un pretexto moralizador. En revistas finiseculares como "La Quincena", "La Juventud salvadoreña", y otras, podemos encontrar abundantes trabajos de esta índole.

Algún día quizá nos atrevamos a formular un ensayo sobre esta modalidad literaria ejercitada por nuestros mayores. Por ahora, para los fines perseguidos, bastará que digamos unas pocas cosas.

El cuadro de costumbres recaía sobre una vida lenta y provinciana. San Salvador no pasaba de ser un pueblón de calles empedradas y casonas chatas. Los escritores veían con cierta ternura, con un apego un tanto aldeano o infantil, las cosas cotidianas: el vendedor ambulante de refrescos, que de esquina en esquina pregonaba "Chipionaa!...", la correntada violenta que formaban las aguas del invierno en las avenidas principales, el cochecito negro tirado por caballo, el afilador de cuchillos y tijeras que llevaba rodando por el empedrado su molle-jón portátil.

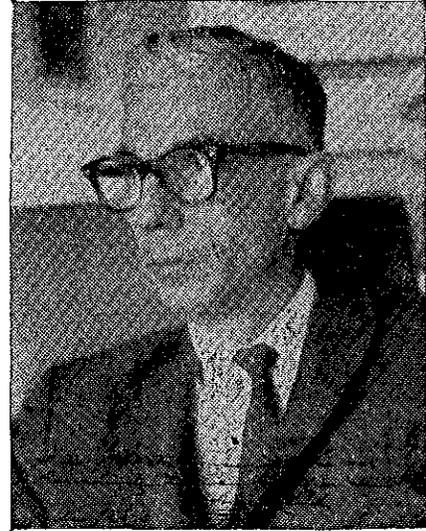
Fue una literatura de estampas breves y fugaces, sin pretensiones de organización, límpida, pura, a las veces bobalicona y simple. Algo así como un conjunto de instantáneas fotográficas tomadas para que se salvaran del progreso, siquiera la memoria de una manera de vivir.

Estos cuadros de costumbres tienen así, su interés histórico. Leyéndolos, uno se asoma al siglo XIX.

No dejaron casi nada de categoría literaria. La mayoría de ellos, nos resulta ahora demasiado elemental, cursilón.

Pero tienen una especial importancia en nuestras letras. Al través de ellos, el escritor

Hugo Lindo, poeta y escritor salvadoreño. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador. Ha desempeñado el cargo de Embajador de su país en Chile y en Colombia y el de Ministro de Educación de la República de El Salvador. Su poema *Navegante Río*, obtuvo el Primer Premio en los Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, sostenidos en Quezaltenango, Guatemala, en 1962.



salvadoreño se asoma por primera vez a las realidades nacionales. Ciertamente es que lo hace con excesivas preocupaciones gramaticales, retóricas y moralizadoras, y que su tono cae con frecuencia en el pintoresquismo. Pero ya hay un afán de cala e interpretación del medio.

Esta es todavía una visión plástica: a veces acuarela, a veces aguafuerte. No hay personajes, menos aún caracteres. Casi todo se limita a la exposición del ambiente.

Hace unos ocho años, el Dep. Editorial del Ministerio de Cultura, recogió en un volumen, bajo el título de "Muestrario", algunos trabajos de esta índole debidos a la pluma de Ambrogí, quien vendría a ser, con los años, el padre de nuestro relato vernáculo. Leamos unos párrafos, solamente unos párrafos de "Los ruidos de San Salvador", para formarnos una idea más precisa de lo que fueron, en fondo y forma, estos "cuadros de costumbres".

"Como San Salvador se acostaba temprano, casi casi con las gallinas, estaba con los ojos abiertos antes del alba.

El primer ruido que sacudía la atmósfera matinal, era el del paso de los machos de los lecheros que llegaban de las finquitas y charcas de los alrededores trayendo la leche. Trotaban los machos, al estímulo de los aciales; y el golpear de sus cascos en el empedrado, resonaba con estrépito.

Momentos después, la esquila de la ermita de Santo Domingo principiaba a tañer, convocando a los fieles a la primera misa. Dul-

ce tañido que llegaba hasta nuestra cama a sacudirnos, y a darnos los buenos días!

Martes, jueves y sábado de cada semana, ocurría algo extraordinario.

Eran los días en que las diligencias de don Pedro Manzano, al sonido de los cascabeles de las colleras de sus mulas, el restallido de sus látigos y el grito gutural de sus aurigas, recorrían las calles capitalinas recogiendo los pasajeros para el puerto, para Santa Tecla, o Cojutepeque".

Vaya lo anterior como un simple antecedente. Ya en otros ensayos hemos tratado acerca de la narrativa salvadoreña, desde un punto de vista histórico, siguiendo un orden cronológico. Hoy intentaremos algo diferente, algo de índole sistemática y literaria.

Nuestra narrativa —novela y cuento— se dirige por dos grandes vertientes: la regional y la universal.

La primera, la de orden regional, a ratos un tanto exagerada y hasta caricaturesca, tiene a los comienzos, gran predilección por la vida campesina; más tarde, se vuelca hacia la ciudad o el pueblo.

Ambrogi fue el verdadero iniciador de este tipo de relato, que había luego de encontrar modalidades más eficaces en Salarrué. Entre estos dos nombres, que significan bien definidas tesis, se desarrolla casi toda nuestra narrativa regionalista.

Don Arturo Ambrogi venía, como acabamos de verlo, del cuadro de costumbres. Sus condiciones para urdir y resolver enredos, no corrían parejas con sus facultades de análisis y la fluidez y riqueza de su idioma. Todo ello lo inclinó a un tipo de literatura sumamente descriptiva. Minucioso hasta el exceso, se solaza en detallarlo todo con puntualidad. Pone énfasis en el paisaje. Crea atmósfera. Llega a perfilar caracteres definidos y convincentes, y a penetrar en la psicología de la gente del pueblo, de manera especial, en la del campesino.

Hombre sin prejuicios, viajado y leído, culturalmente muy superior al medio del San Salvador de su época, Ambrogi se atreve a emplear el lenguaje de las gentes del agro, con todas sus violencias, vulgaridades y coloridos. Este recurso es, en él, sumamente eficaz: por la palabra le es dado entrar en la psicología, y comprenderla. Por la palabra, también, le es dado expresarla. Si él no se hubiera atrevido —y en el medio pacato de aquél entonces sí que era un atrevimiento— a valerse de terminachos explosivos, incorrectos o viciosos, ni habría entendido a cabalidad el mundo sobre el cual incide su literatura, ni le habría dado una representación de suficiente validez.

Los cuentos de don Arturo, no son tan abundantes como pudiera parecer a quien revisa los títulos. En rigor, podrían reducirse a un solo volumen, pues "El Libro del Trópico", "El Segundo libro del trópico" y "El Jetón", contienen, mutatis mutandi, el mismo

material. A veces, cambia de título a un relato. A veces, muy preocupado del estilo, le hace pequeñas modificaciones formales. Así, por ejemplo, ya con alteraciones de título o de redacción los cuentos "La molienda", "La bruja", "La sacadera" y "el Bruno", aparecen por igual en "El jetón" y en "El libro del trópico", obra, esta última, que contiene muchas producciones que no pasan de ser meras estampas.

Siguiendo la línea prolíficamente descriptiva de Ambrogi, y con notorias influencias de José Eustasio Rivera y de Rómulo Gallegos, pertenecen también a esta vertiente del regionalismo rural, Napoleón Rodríguez Ruiz, con su novela "Janaguá" y su tomo de cuentos "El janiche", y Ramón González Montalvo con "Las Tinajas y Barbasco".

Su estilo es castizo, quizá demasiado atildado. Cuando tiene que usar regionalismos o giros populares incorrectos, se cura de hacerlo notar, no sólo mediante el uso de letras bastardillas o de otros recursos gráficos, sino también mediante alusiones intencionadas. Dentro de nuestro exiguo humorismo cabe casi toda la producción a T. P. Mechín, quien hace objeto preferente de sus burlas, la política criolla y la cursilería de las gentes.

Mayor hondura y mayor gracia, encontramos nosotros en el Dr. Alberto Rivas Bonilla, cuya novela Andanzas y malandanzas, cabe de pleno bajo la acotación del regionalismo rural. Hay en ella humorismo de la más fina calidad. Un pobre chucho de finca, Nerón, parece en la obra simbolizar el pueblo salvadoreño. El sufre todas las hambres, las plagas, las inclemencias y las injusticias, con una especie de estoica inocencia.

La obra no abusa de idiotismos. El autor los emplea parca y oportunamente. Los dosifica con buen gusto y certera puntería psicológica. Esta es a nuestro parecer, una de las mejores prendas de la literatura salvadoreña, y es de lamentarse que, a pesar de las dos ediciones que se han hecho de ella, no sea tan conocida y buscada como se merece.

El nombre más famoso en este tipo de narrativa, es sin duda el de Salarrué, primero con "Cuentos de barro" y "Cuentos de zipotes"; más tarde, con "Trasmallo".

"Cuentos de zipote" constituyen por sí solos una modalidad inimitable e inimitada. Los niños del pueblo narran en su lenguaje, sin inhibiciones, lo que quieren decir. Ni siquiera se preocupan de hilvanar un argumento. Hay allí un verdadero prodigio de captación y expresión de la psicología infantil salvadoreña.

"Cuentos de barro" es la obra que más prestigio ha dado a Salarrué. Editada por primera vez en 1933, se han hecho de ella ya cuatro ediciones. "Trasmallo", publicada a los veinte años, es como una continuación tardía de aquella obra de éxito.

Son los "Cuentos de barro", narraciones breves, llenas de colorido y de emoción, en

donde el ambiente se otorga por medio de rápidas descripciones metafóricas. El autor no se limita a hacer que sus personajes hablen el lenguaje campesino; lo escribe él mismo, como propio, en su condición de narrador. Y la verdad es que con frecuencia exagera la nota, a grado tal que la última edición de "Cuentos de Barro", tiene que complementarse con un diccionario de modismos, que abarca nada menos que 25 páginas impresas. Y algunos, son falsos modismos, son palabras arbitrarias, inventadas por Salarrué.

Varios de los relatos contenidos en este volumen, han llegado a ser clásicos, por su calidad, son "La botija", "Semos Malos", "La honra" y "El negro".

En Salarrué llega a la culminación esta corriente vernácula, y en él parece detenerse. Si se le ha imitado, no ha sido con mucha fortuna. Quizá considerando que éste es ya un venero agotado, o que es muy difícil dar una nota nueva en la misma cuerda, los autores actuales han buscado otros caminos.

El regionalismo urbano es para nosotros más reciente. Se diría que pertenece a los escritores nacidos en este siglo, de no existir unos pocos antecedentes proporcionados por nuestros mayores.

Don Francisco Herrera Velado (1876) publicó hacia 1926 un volumen titulado "Agua de coco", obra cuyos cuentos se desarrollan en ciudades y pueblos del departamento de Sonsonate. Hay en todos ellos, una donosa picardía. Son amables, aunque no de mucha enjundia.

Rivas Bonilla, a quien ya citamos al hablar de la vertiente rural, tiene también cuentos urbanos, de sabor localista. Se encuentran en el libro "Me monto en un potro". Todos son humorísticos, y algunos, de extraordinaria gracia, como "El albur", y "Quien no se arriesga".

El autor que quizá representa mejor esta corriente, es Manuel Aguilar Chávez, en cuyo libro póstumo, publicado bajo el título de "Puros cuentos", aparecen relatos de esta índole, casi exclusivamente. El hombre del mesón, el de la pensión barata, el oficinista modesto, el empleado de pocas perspectivas, la costurerita, son los personajes que prestan a sus cuentos un encanto y una ternura peculiares. Se vale Aguilar Chávez de las deformaciones del lenguaje que ya han venido a ser usuales en los tratamientos criollistas o localistas, y, en esto, desgraciadamente hemos de afirmar que acierta poco. No sólo porque exagera, sino también porque, poco exigente en el proceso auto-crítico, cae con facilidad en vulgaridades de mal gusto o en grafías artificiosas, que estorban mucho al ojo, al oído y a la sensibilidad del buen lector. Estas deficiencias se explican por el hecho de haber sido Aguilar Chávez un hombre autodidacta, que se formó en la vida, escribiendo siempre de prisa en las redacciones de los periódicos, urgido por toda clase de

requerimientos vitales, sin tiempo, tal vez, para corregir lo que iba saliendo de su pluma.

El cuento de alcances universales ha sido espléndidamente cultivado por Salarrué, en algunas de sus obras, como "Eso y más", "El cristo negro", "La espada y otras narraciones".

Salarrué, hombre de especulaciones metafísicas y convicciones teosóficas, manifiesta en sus relatos esas tendencias de su espíritu. A veces, parece navegar en un mar de fuerzas astrales, entre paisajes de ingravida materia y de realidades evanescentes y huidizas, como ocurre en "Remontando el Ulúan", obrita que hace muchos años no vemos por ninguna parte; a veces, se dedica a filosofar sobre el bien y el mal, como ocurre en "El cristo negro", "El niño diablo" y alguna otra de sus producciones. De ahí puede inferirse que, en opinión del autor, el mal no es sino la otra cara del bien; que el mal es indispensable para la existencia del bien, o que, como dice Fausto a Mefistófeles, el demonio trabaja para Dios. Otras veces, nos refiere sucesos de transmigración de las almas, o de cariz prodigioso, como en "la Momia", uno de los cuentos más hermosos y mejor organizados de la narrativa salvadoreña, o como en "La wasa wasa", que aparece en el último de sus volúmenes publicados.

Aquí Salarrué logra obras de valor ecuménico. Si "Cuentos de Barro", le dieron su nombradía entre los extranjeros curiosos que deseaban saber algo acerca de nuestras maneras regionales, y entre las gente de casa, las narraciones a que hoy nos hemos referido, le han ampliado grandemente el número de sus lectores. Porque, quierase que no, el regionalismo es una limitación, y es a su vez limitador. Al lector le resulta cansado tener que leer consultando, a cada instante, un vocabulario de modismos.

Por eso mismo que acabamos de indicar, máxime cuando se pertenece a un país de tan escasa extensión territorial como el nuestro, la mayoría de los nuevos autores maduros, lo ha abandonado ya, en busca de formas y contenidos de mayor capacidad comunicativa. La juventud quizá también convencida de esa tendencia tuvo en Salarrué sus logros más cabales, y no podrá superársele con facilidad, aspira a ser leída y comprendida en un ámbito mucho más amplio que el que podría otorgarle cualquier forma circunscrita al medio.

Acaso, en parte, los viajes y las lecturas, hoy más frecuentes que ayer, hayan invitado a esta actitud.

Cultivan el humorismo pocos de nuestros autores: Rolando Velásquez, José María Méndez, entre ellos. Aquél parece ridiculizar al ridículo, es decir, reírse de lo que aquí llamamos "bayunco", y de manera especial, de los romanticismos acaramelados de las niñas bobas. José María Méndez, en cambio, ende-

reza sus batería de burla contra algunos aspectos de nuestra política criolla, contra los abusos de autoridad, contra la pena de muerte y los papeleos de la burocracia.

Alvaro Menéndez Leal sigue los lineamientos de Borges y escribe cuentos brevísimos, a ratos con citas auténticas o imaginarias que les otorgan un sabor erudito. Es una vertiente difícil, que reclama mucha fantasía y buen gusto. Una especie de poda "a priori", elimina de antemano todos los elementos adventicios, todos los planteamientos, para tomar en la propia cresta el movimiento de la ola narrativa, y acentuar su caída en una solución por sorpresa.

La fantaciencia, de origen sajón, no es planta que se haya aclimatado muy bien en nuestro suelo. Es un subgénero que se nutre, en verdad, de los progresos científicos de modo especial de la física, la química y la psicología. Brotó y se ha desarrollado con lozanía, en países que como los Estados Unidos e Inglaterra, llevan a cabo investigaciones importantes, cuentan con institutos, con sabios, con equipos impresionantes. Aquí, lógicamente, falta la incitación del medio. No obstante, ya hay algunos cuentos de ciencia-ficción escritos por salvadoreños. Son de Mario Hernández Aguirre, de Waldo Chávez Velasco y de Alvaro Menéndez Leal.

Cuanto a mi propia y personal participación en el proceso narrativo que se lleva a cabo en el país, no será inmodesto que diga unas palabras, si me desentiendo de todos los juicios que se han pronunciado al respecto, particularmente de los favorables, y me limito a exponer la existencia de las obras y las líneas directrices que siguen.

Tengo, ya publicadas, cuatro obras de índole narrativa: dos de cuentos, y dos novelas.

En "Guaro y Champaña", ensayo el cuento regional campesino y urbano. En su tesis titulada Trayectoria del cuento salvadoreño, presentada en la Universidad Javeriana por el R. P. Martín Barraza Meléndez para optar al doctorado en Filosofía y Letras, se lee lo que sigue: "Guaro y Champaña es una colección de cuentos. Consta de dos partes. Porque Guaro contiene relatos "ásperos y regionales", como dice el autor; retrata cuadros fuertes de la vida salvadoreña; aunque en nuestro concepto son más ásperos que regionales. Generalmente el tema de los cuentos de Guaro gira alrededor de asuntos sentimentales, sexuales o del amor, pero de un amor tosco y casi semisalvaje. En realidad, no son cuadros muy regionales, porque son hechos que podrían tener lugar en cualquier país, sobre todo en la clase baja".

El otro libro de relatos breves se intitula "Aquí se cuentan cuentos", y todos los que contiene, aunque algunos se hallan situados en ciudades salvadoreñas, pertenecen más bien al tipo de cuentos universales, en que lo

ambiental es sólo accesorio. Algunos, son de pura imaginación, y hasta de fantaciencia, como "La última epidemia", "Operación No" y "Ahora puedo hablar".

Por todo lo dicho, pueden advertirse algunos aspectos importantes de la narrativa en nuestro medio. En primer término, podemos afirmar que es un desarrollo de reciente data. No existieron, como dijimos, cronistas españoles durante la conquista y la independencia, en nuestro suelo. La narración de intenciones estéticas se inicia con los cuadros de costumbres de fines del siglo pasado. Viene luego Ambrogi, a descubrir el paisaje y la psicología de nuestras gentes, y forma una tradición de cuento regional que, con diversos matices y calidades, pasando por diferentes nombres de valía mayor y menor, desemboca en Salarrué. Salarrué dignifica el género y lo lleva a una altura estética que antes no había tenido. Se torna breve, nervioso, poético e impresionante. Después del regionalismo rural, se endereza el relato hacia los temas de la ciudad y del pueblo: se torna urbano. Aquí entran otros problemas de índole social, porque es entonces cuando aparecen el personaje de la fábrica, el empleado público y todos los demás elementos que antes casi no habían sido tomados en cuenta. Luego, hay una marcada tendencia al abandono de los temas y tratamientos regionales, y una búsqueda de universalidad, que cada vez se va tornando más culta, informada. Ese es el instante en que nos hallamos ahora.

Lo cual no significa que no hay autores regionalistas entre los jóvenes. Esa es la cuerda de Crisóbal Humberto Ibarra, de José Napoleón Rodríguez Ruiz, y de otros afectos al género que han ido apareciendo con posterioridad. Pero de ellos sería prematuro hablar. Este de la novela y del cuento es ejercicio largo, y necesario será esperar la madurez para el justiprecio de las obras.

Precursor, precursor auténtico de la narrativa, acaso el único de genuina categoría durante el siglo pasado, fue el maestro don Francisco Gavidia, quien, desgraciadamente, dio poco al género. Sus tareas filosóficas, históricas, humanísticas, no le dieron mucho tiempo para dedicarse a la creación de esta índole, en la cual nos dejó más de una joya. Bastaría, para afirmarlo, el señalamiento de su relato "La loba", que es bastante conocido.

Puede, pues, afirmarse, que el cuento y la novela, son en El Salvador, productos del siglo XX.

Cada día, se amplía el número de los que se dedican a escribir cuentos, y es de esperarse que el Certamen Nacional de Cultura, que con frecuencia llama, en su rama de letras, a competir en estas materias, suscite el interés de nuevos escritores, y enriquezca el acervo novelístico y cuentístico de nuestras letras, para bien de la cultura nacional.